

# LOS AGRICULTORES SALVAN EL MUNDO

## El papel de las autoridades y de una correcta gestión

*Sabemos que los campesinos familiares pueden ayudar a alimentar al mundo, y sabemos que pueden hacerlo mejor que la agroindustria, porque si disponen de recursos suficientes, los campesinos familiares son significativamente más productivos. De este modo se aseguran en primer lugar de que los alimentos llegan a las zonas rurales y urbanas del país. De nuevo, también parece que éstos forman un pilar irremplazable, mucho mejor que la agroindustria, de la prosperidad del campo y de la ciudad. Y, además, la agricultura familiar también es más respetuosa con el medio ambiente.*

*Así, si todo el mundo es consciente de ello, las autoridades deben acabar por asumir su responsabilidad.*

Actualmente el mundo debe decantarse por una agricultura familiar sostenible y contra una agricultura agroindustrial que oprime a los campesinos: ésta es la auténtica revolución verde. Es preciso adoptar una política agrícola global que permita a los países y las regiones ejercer su derecho a practicar dicha agricultura y a invertir en ella. A pesar de que la coyuntura mundial actual considera ventajosa la importancia de la agricultura, ésta no se desarrolla por sí misma. Tras décadas de abandono en muchos países, especialmente en África, las autoridades y la sociedad deben liberalizar urgentemente recursos en pro de una agricultura productiva. O dicho de otro modo, necesitamos una política agrícola diferente tanto en el ámbito internacional como regional y nacional.

### Una situación en la que todos pierden

En décadas pasadas la agricultura y la producción alimentaria de muchos países se han descuidado y dejado a merced del mercado mundial. Y ésa es también la actitud que adoptamos todos al “confiar” la agricultura a la Organización Mundial del Comercio.

Entre tanto, muchos agricultores familiares se han empobrecido hasta tal punto que, en resumidas cuentas, no pueden invertir para aumentar la producción. Como en unas décadas el precio de sus productos se ha reducido a una tercera parte e incluso a una sexta parte, obtienen tan sólo esa cantidad por su trabajo. Y como la erosión, la sequía o la escasez de semillas, abono, animales de tiro o herramientas reducen sus escasas cosechas, sus ingresos disminuyen todavía más. No nos cansaremos de repetirlo: mil millones de campesinos y campesinas pobres no tienen ni siquiera animales de tiro, y mucho menos un tractor, y con frecuencia ni tan sólo poseen su propia tierra. Por tanto, se equivoca aquél que ose decir que la solución radica en que deberían competir mejor en el mercado mundial. No se les puede permitir competir con las decenas de millones de agricultores que poseen la mayor parte y las mejores tierras, tractores y demás maquinaria, las mejores semillas, abonos, créditos e incluso apoyo financiero y protección del mercado, es decir, todo aquello de lo que los pobres se ven privados. Sería como disputar un partido de fútbol entre el Milán y un equipo de poca monta de un pueblecito: no sería un partido en igualdad de condiciones.

Dejemos a un lado el hecho de que la reciente subida de precios podría compensar esta situación. Entre tanto, numerosos agricultores obtienen una producción tan escasa que a menudo se ven forzados incluso a comprar alimentos.

No podemos ignorar las consecuencias. El modo en que permitimos que se desarrolle la economía mundial socava la producción agrícola, debilita el campo, provoca pobreza e incluso hambre. Esta globalización negativa empobrece a muchos países y aumenta la desigualdad; destruye su entorno y desgarrar sus vidas; hipoteca cualquier amago de prosperidad, hace que las personas abandonen sus tierras y les empuja a emigrar.

La cifra de agricultores pobres y sus familias asciende a 1.500 millones, que han acabado en chabolas víctimas por segunda vez de la mala gestión mundial. La primera vez se vieron obligados a abandonar su tierra, mientras que ahora ya no pueden comprar alimentos por los altos precios... El motivo resulta irónico, ya que a los agricultores familiares se les niegan los recursos y las oportunidades para producir alimentos suficientes. Así, pues, el mundo se halla en una espiral descendente, en una situación en la que todos salen perdiendo, tanto los campesinos como la población pobre de las ciudades.

## La liberalización empieza a tener un sabor amargo

La llamada de las últimas décadas a la liberalización de los mercados agrícolas (a pesar de la importación de alimentos baratos procedentes del extranjero) empieza a tener un sabor amargo. En primer lugar, esos alimentos ya no son tan baratos. En segundo lugar, en estos tiempos de malas cosechas y escasez algunos países tradicionalmente exportadores prefieren, lógicamente, retener sus propios alimentos. Incluso antes ni siquiera resultaba razonable, por ejemplo, dar prioridad al arroz asiático en África Occidental. Efectivamente, el arroz extranjero es más barato, pero para la sociedad resulta inviable, ya que a consecuencia de ello cientos de miles de campesinos locales pierden sus trabajos y se quedan sin posibilidad de conseguir un empleo decente en su propio país, mucho menos en la industria o en otros mecanismos de riqueza. Así, pues, ¿cómo se va a pagar esa importación? Esa pregunta, que sin duda implica precios más altos, va acompañada de otra pregunta compleja: ¿dónde se podrá comprar ese arroz?

Así, pues, los “ases” de la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y de todos los países partidarios del libre comercio agrícola deben dar una explicación: ¿por qué creen que las sociedades no se ocupan lo suficiente de su propia política agrícola y, sin embargo, son dependientes de otras regiones?

## La mala gestión mundial, vista de cerca

¿Cómo hemos llegado a esta situación? ¿Cómo podemos ser tan estúpidos? Echemos una ojeada al funcionamiento de la Organización Mundial del Comercio.

Evidentemente, se otorga una prioridad absoluta al comercio. El planteamiento se basa en experiencias anteriores y debates sobre la eliminación de toda clase de trabas para los productos industriales. Los representantes de países pequeños suelen andar perdidos en esa lucha técnico-jurídica tan desigual entre países pequeños y grandes. Pero, sobre todo, así es también cómo se ve la agricultura en este debate técnico público sobre comercio que se limita inmediatamente de un modo injustificado. Porque los objetivos importantes como el desarrollo o la economía sostenible no suelen plantearse de esta manera.

Para suavizar un poco las cosas, sacan un conejo de una chistera como por arte de magia: *aid for trade* (ayuda para el comercio), un programa con el que se ayuda a los países pobres a participar en el juego del comercio internacional. Sin duda, cuando se trata de agricultura, es como llevar más arena a la playa. Este parche no soluciona absolutamente nada, puesto que de este modo se ofrece apoyo al tipo de comercio equivocado, es decir, una agricultura de exportación orientada al mercado mundial, mientras que las soluciones deben proceder precisamente de una agricultura familiar productiva que sirva, en primer lugar, para alimentar a las personas de la zona, del país o de la región en cuestión. El mercado mundial puede desempeñar como máximo un papel secundario en este contexto.

Como algunos países en vías de desarrollo no desean participar en ese juego, los países dominantes disponen de otros recursos de persuasión. Así, el consenso de algunos gobiernos se compra con “ayuda al desarrollo” o se opta por amenazar con la reducción o la interrupción de dicha ayuda. En este contexto podría sacarse a colación tranquilamente la palabra “chantaje”.

Y si a pesar de todo no logran llegar a un acuerdo en el seno de la Organización Mundial del Comercio, todavía queda una alternativa. Países grandes como Estados Unidos apelan a los llamados

acuerdos comerciales bilaterales que establecen con países individuales. Un bloque comercial como la Unión Europea está tratando de establecer acuerdos comerciales regionales con grupos de los países de África, el Caribe o del Pacífico (los llamados países ACP): los Acuerdos de Asociación Económica o EPA (siglas en inglés de *Economic Partnership Agreement*). Y tiene la misma intención con América Central y los países andinos. Con frecuencia ello implica exprimir abiertamente sus economías, y también su agricultura, a favor del mercado internacional y en detrimento de su mercado local y su participación en los mercados regionales.

## **La gestión equivocada e discutible de las autoridades nacionales**

Los países de todo el mundo deben velar por la prosperidad y el bienestar de sus ciudadanos, y tienen la responsabilidad de que su agricultura sostenible familiar, potente motor para una economía sana capaz de alimentar a su población, no desaparezca del mapa.

Es lamentable constatar que la mayoría de los gobiernos no asumen tal responsabilidad respecto a su población. Ni la Organización Mundial del Comercio, respecto a otros organismos internacionales, ni las grandes potencias económicas como Estados Unidos o la Unión Europea, que no asumen esa responsabilidad de defender a sus agricultores familiares y sus economías.

Los más fervientes partidarios del mercado libre mundial son, naturalmente, los grandes exportadores agrícolas como Argentina, Australia, Brasil, Canadá, Chile, Indonesia, Pakistán, Tailandia y Sudáfrica, que encontramos en el llamado grupo CAIRNS y en el grupo del G20. De este último también forman parte China e India.

Resulta muy discutible e inquietante en la escena comercial internacional la cuestionable postura de los países exportadores agroindustriales como Brasil, Indonesia y Sudáfrica, así como también India, ya que, sin duda, éstos también poseen una agricultura familiar muy importante de vital interés para su propio desarrollo sostenible. Sin embargo, tanto la Organización Mundial del Comercio como otros organismos defienden una política totalmente contraria a sus intereses. Junto con otros exportadores, se oponen a cualquier forma de intervención de las autoridades, ya que lo consideran una alteración del mercado, y desean abrir los mercados de Estados Unidos y de la Unión Europea a sus exportaciones. Si tienen libertad de acción, presagiamos una agricultura sostenible escasa que provocará la emigración por el mundo de la mayoría de campesinos, entre los que se encuentran muchísimos de sus propios países, y que no respeta e incluso destruye el entorno.

## **Una cuestión urgente: prioridad para la agricultura local y regional**

*“La OMC fuera de la agricultura”*

Efectivamente, éste es un eslogan que se oye en las manifestaciones contra la Organización Mundial del Comercio. Y es también el que eligen los movimientos de agricultores de todo el mundo, del norte y del sur, del este y del oeste.

Más que de un eslogan, se trata de la realidad. Es evidente que hoy en día lo necesario para lograr una agricultura sostenible es una agricultura productiva al máximo nivel y un desarrollo económico que respete el medio ambiente y con buenos cimientos capaz de distribuir los ingresos entre el máximo número posible de agricultores para que les permita llevar una vida digna. Para ello, necesitamos una agricultura familiar y por eso los mercados locales y regionales merecen prioridad sobre el mercado mundial, puesto que es en ese contexto en el que la agricultura familiar registra su mejor rendimiento.

## **Al contrario, la soberanía alimentaria no supone un freno para el desarrollo económico**

Para ello, las autoridades deben poder ejercer su derecho inviolable a la soberanía alimentaria, lo cual se traduce en el derecho a administrar su propia agricultura en lugar de seguir liberalizando esa agricultura y la producción alimentaria, y dejarla a la merced del mercado mundial.

No crean que ello supone un freno para el desarrollo económico. Al contrario, porque eso es precisamente lo que todos los países ricos y la Unión Europea siempre han hecho, al igual que China.

En estos momentos puede dar la sensación de que no es un problema tan grave, pero persiste la necesidad de estabilidad de los precios y de precios mínimos en el sector agrícola para llevar una vida digna. De nuevo, las autoridades deben darse cuenta de que el mercado, y sin duda el mercado mundial, no funciona con tanta eficiencia en el ámbito alimentario como en el automovilístico o de telefonía móvil, sino que los precios registran grandes oscilaciones y se trata en general de precios muy bajos. Por tanto, el mercado requiere un refuerzo. Es necesario tomar medidas y contar con mecanismos que garanticen precios viables y que gestionen los recursos de alimentos. No olviden que también los rendimientos procedentes de la agricultura pueden oscilar considerablemente de una cosecha a otra. Pese a ser incomprensible, sobre esta base construimos obligatoriamente reservas de petróleo, pero no de alimentos. ¿Acaso es la comida menos importante que el petróleo?

¿Hay también buenas noticias que comunicar?

Claro que sí. En cuanto a los EPA, la mitad de los 79 países ACP todavía no han establecido ningún acuerdo provisional con la Unión Europea. Y es que se dan cuenta de que éstos entrañan riesgos importantes para su propia economía y agricultura. De momento es un comienzo.

Entre tanto, los países africanos, asociados en la Unión Africana, han adoptado una postura bastante esperanzadora en relación con los EPA y desean seguir adelante con ellos en caso de que se cumplan estrictamente todas las condiciones. Una de ellas se concreta en que deben tener la oportunidad de fortalecer sus mercados regionales.

## **Una buena gestión marca la diferencia**

Que la situación económica mundial actual no es agradable para los agricultores es de dominio público, como tampoco lo es para los países pobres. Sin embargo, resulta curioso que haya tantos países en el mundo que no respetan a los agricultores y que invierten tan poco en su agricultura. Por tanto, no está en mano de esos países prever sus propias necesidades en materia de alimentos y otros productos agrícolas.

Igual de curioso resulta que muchos países exportan de forma irreflexiva el resultado de su ardua tarea en el campo y apenas tratan de escapar a esa situación: no guardan para sí esa plusvalía. Sus economías ni siquiera incluyen los productos agrícolas y no abastecen de ellos a sus propias fábricas. No, hasta el día de hoy sus agricultores siguen suministrando materias primas a cambio de una escasa remuneración a favor de la economía mundial.

Es cierto: son las víctimas del dogma por el que los países pobres ni siquiera pueden proteger su industria emergente. No, deben operar inmediatamente en un desenfrenado mercado mundial libre que les pone más obstáculos y, de hecho, que les hace imposible crear una máquina digna de prosperidad. Resulta mucho más lamentable que aquéllos que llevan la batuta, sobre todo las grandes potencias económicas y nuestros influyentes instrumentos de control mundial como la Organización Mundial del Comercio, no quieran o puedan darse cuenta de esta situación tan dramática.

Las cosas podrían ser diferentes. Los países africanos occidentales podrían procesar su propio algodón en sus fábricas textiles y de confección. La agricultura de muchos países y regiones de

Centroamérica, Suramérica, del Caribe, África y Asia podrían iniciar negocios con la industria alimentaria y de fabricación que trabaja para el mercado local o regional. Un campo productivo podría ser un potente motor para alcanzar un desarrollo económico sostenible. Por tanto, es una lástima que esas sociedades sigan cojeando a causa de la agricultura y no inviertan en desarrollo industrial ni en un desarrollo de servicios capaz de garantizar más riqueza en su propio país.

Las cosas deben ser diferentes. Tomemos como ejemplo a Corea del Sur o Taiwán, que en la actualidad son países ricos, y Congo o Zambia, ambos de una pobreza extrema. Sin embargo, ¿cómo puede ser que hace tan sólo cincuenta años los dos últimos países fueran más prósperos que los dos primeros? Veamos en qué consisten las diferencias, ya que es importante conocerlas. Pues bien, Corea del Sur y Taiwán se han decantado por una agricultura productiva y preferentemente familiar orientada a sus propias necesidades, de lo cual han sacado buen partido, puesto que su agricultura les ha brindado la oportunidad de estructurar su industria.

Este hecho es muy importante y debe repetirse de un modo diferente. Los países ricos siempre han protegido su propia agricultura, incluso si eso significa que deben pagar un precio superior por los alimentos, y eso no les ha impedido ser países ricos. Una vez más, debemos darnos cuenta de que los países ricos logran que su agricultura protegida sea más productiva para después poder liberalizar recursos materiales y personales, y construir sobre ella su industrialización y riqueza. Sea del modo que fuere, son las sociedades y las autoridades las que pueden tomar esa decisión y hacer que se cumpla. En este aspecto el mercado es débil en gran parte.

Algo diferente ocurre en otros tantos países, sin duda en África. Con tan sólo un 6% de las personas con empleo que se dedican al sector agrario, la industrial Corea del Sur sigue destinando un 13% del dinero del Estado a la agricultura. India invierte el 16% para el 60% de la población, mientras que China dedica el 7,2% para el 45%. Los gobiernos de Camerún, Burundi o Sudán, donde entre el 70 y el 90% de la población trabaja en la agricultura, equivalente a casi la mitad de la renta nacional, dedican menos del 2% de su dinero a ese importante sector económico.

Las explicaciones están de más. Especialmente en las sociedades agrarias africanas, aunque también, por ejemplo, en Indonesia o Colombia, los gobiernos permiten que los campesinos y campesinas se asfixien. Nunca se ha planteado una política agrícola o socioeconómica concienzuda, sino que han descuidado la agricultura y el campo, y han permitido que ese desbarajuste se vaya haciendo cada vez mayor en las ciudades florecientes.

En más de una ocasión se trata de un conflicto de intereses. Muchos políticos o sus familias obtienen espléndidos ingresos por los intereses que tienen en una agricultura de exportación o porque controlan la importación de arroz o de otros alimentos procedentes del extranjero. También por esa razón dejan de defender los intereses de los agricultores.

Durante las últimas décadas la despoblación de las zonas rurales y la superpoblación de las ciudades se han convertido en otro motivo. Actualmente los políticos temen más el enojo de la población de las capitales por los altos precios de los alimentos, resultado de una agricultura que por su negligencia puede generar una falta de alimentos. Los campesinos constituyen una amenaza menor para su poder porque suelen sufrir su situación en silencio en el campo en lugar de ir a la ciudad a manifestar sus exigencias.

## **La situación cambiará dentro de poco**

Si analizamos detalladamente la situación encontraremos los indicios que apuntan a un cambio en el mundo. Los países africanos decidieron en las declaraciones de Maputo que invertirían en su agricultura el 10% de los fondos oficiales.

Dos notas marginales se imponen inmediatamente.

No está mal... si finalmente lo cumplen. No obstante, muchas de esas declaraciones han quedado sólo en palabras.

Y, en segundo lugar, estos esfuerzos son en cualquier caso insuficientes.

Tanto la derecha como la izquierda dejará caer el siguiente comentario: ¿acaso esta solución no hipotecará su industrialización? La única respuesta es no, categóricamente no.

Burkina Faso ha logrado dedicar algo más del 17% de su presupuesto oficial a la agricultura y no existe motivo por el que otros países africanos no puedan hacer un esfuerzo económico similar.

Así, pues, ¿qué pueden hacer concretamente las autoridades nacionales al respecto? ¿Qué más pueden hacer aparte de garantizar reservas de alimentos y precios que permitan llevar una vida digna, importantes ambiciones que ya hemos indicado?

Decenas de años repletos de estudios, en total varios miles, y una vez más probablemente aparecerá el siguiente.

En primer lugar, los países deben adoptar una correcta política de tierras para que los agricultores familiares dispongan de suficiente espacio para poder cosechar. Parece redundante, pero nunca se enfatizará demasiado. Sin duda, ahora que los crecientes precios de los productos agrarios vuelven a hacer atractiva la agricultura para el capital que recorre el mundo con el objetivo de obtener los máximos rendimientos, la agroindustria de capital intensivo amenaza con engullir todavía más tierra en detrimento de la agricultura familiar que tanto necesita el mundo.

Desde un punto de vista lógico, las autoridades saben qué más se espera de ellas; deben velar por que sus campesinos familiares tengan acceso a créditos para poder invertir, de manera que puedan realizar su trabajo en mejores condiciones y obtener mayores beneficios.

Todo ello va acompañado de la garantía de que los agricultores no sólo tengan acceso a los fondos, sino que con ellos también puedan hacerse con buenas semillas, abonos y plaguicidas de forma efectiva. Debería garantizarse la disponibilidad de dichos ingresos de un modo u otro. Que éstos se hagan efectivos mediante el sector privado, las administraciones públicas o mediante cooperativas agrícolas es secundario.

Si las autoridades desean una agricultura familiar sostenible al máximo nivel y con buenos resultados, también deben invertir en investigación, en educación y en formación. Asimismo, es muy importante disponer de suficiente información acerca de agricultura sostenible y ecológica, pero actualmente no parece interesar tanto.

Pensemos entonces en que es el momento de cosechar, por lo que rápidamente surgen otras necesidades: construir en primer lugar una buena infraestructura para colocar los productos agrícolas en los mercados local, nacional y regional. Naturalmente, necesitamos capacidad de carreteras y de otro tipo de transportes, también capacidad de almacenamiento, una buena organización del mercado y controles del flujo de información útil del mercado por radio, teléfono móvil, internet o por cualquier otro medio. Hay que reflexionar y analizar cuál sería una buena política de mercado interior. ¿Permitiremos que las grandes cadenas de supermercados internacionales tengan acceso al país u otorgaremos prioridad a los comerciantes locales?

Lo que no hay que olvidar es que debe garantizarse el procesamiento de los productos agrícolas. Es sensato poner en marcha una industria alimentaria propia para abastecer el mercado local. De este modo se realizan las cadenas alimentarias en las que la plusvalía se traduce en ingresos para muchas personas del país en cuestión. O dicho de otro modo, se crea más riqueza y bienestar en la propia sociedad.

Si las autoridades adoptan una postura sensata, se darán cuenta de que ninguna política puede dar resultados si no se aplica de común acuerdo y en plena colaboración con los agricultores y sus organizaciones.

## Una gran responsabilidad

La pregunta que debemos formular y la responsabilidad de las autoridades *locales*, es decir, locales y globales, es, por tanto, evidente. ¿Ofrecen libertad de acción a una agricultura industrial mundial que ostenta el poder de la distribución al por mayor? ¿O bien dan prioridad a una agricultura familiar que es más bien local y regional y que permite ganarse la vida a unos 2.000 millones de personas: porque reciben una remuneración digna por su trabajo y porque la producción, la transformación y la distribución de los productos agrícolas les ofrece unos ingresos justificados?

### Bibliografía

Barrez, Dirk. *Koe 80 heeft een probleem. Boer, consument, agro-industrie en grootdistributie*. EPO en colaboración con Vredeseilanden [et. al.], 2007, 254 p.  
[www.vredeseilanden.be](http://www.vredeseilanden.be) [www.pala.be](http://www.pala.be)

Altieri, Miguel; Nicholls, Clara. *Agroecology And The Search For A Truly Sustainable Agriculture*. Universidad de California, Berkeley, 2005, 291 p. Véanse, entre otras, las páginas 150-151.  
<http://www.agroeco.org/doc/agroecology-engl-PNUMA.pdf>

FAO. *Low-Income Food-Deficit Countries' food situation overview*. Abril de 2008.  
<http://www.fao.org/docrep/010/ai465e/ai465e07.htm>

DFID. Heath, John. *2005 agriculture policy: an interim evaluation*, 2007. 70 p. Véase, entre otras, la página 68.  
<http://www.dfid.gov.uk/aboutdfid/performance/files/ev672.pdf>

Clay, Jason [et. al.]. *Exploring The Links Between International Business And Poverty Reduction: A Case Study Of Unilever In Indonesia*. Oxfam GB, Novib Oxfam Netherlands & Unilever, 2005, 67 p.  
<http://www.oxfam.org.uk/resources/policy/trade/downloads/unilever.pdf>